

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

LA PALOMA EN LAS UÑAS DEL HALCÓN

LA PRIMERA ENTREVISTA CON LA CHICA

Cuál fue la impresión que recibió la Srita. Rentería al verse a solas
con el poderoso jefe de la División del Norte

PROMESAS DE MATRIMONIO EL MISMO DÍA

"Me casaré contigo, Betita", ofreció Villa a su víctima el día que la conoció,
promesa que después habría de cumplir; Alejandro Rentería,
hermano de Austreberta, enfermo por el rapto,
murió en brazos del general Villa

CAPÍTULO V

Cuando Austreberta Rentería vio entrar a la habitación en la que estaba pri-
sionera al Gral. Francisco Villa y a su lugarteniente Gudelio Uribe, quedó por
de pronto, atónita; después un rayo de esperanza la iluminó, creyendo que el

El convencionismo

general había llegado para salvarla, para devolverla a sus padres. Porque, ¿qué delito había cometido para que se le tuviera con centinelas de vista? ¿Qué interés podría tener para Villa el mantenerla en la prisión, cuando se trataba de una chiquilla que acababa de cumplir dieciséis años?

Mas la esperanza que había sentido al ver entrar al general Villa fue fugaz, y al escuchar las palabras del güero Uribe, cuando éste dijo a su jefe "Mi general, aquí le tengo este precioso regalo", cayó de rodillas, y tartamudeando, pidió a Pancho que la dejara en libertad, que le concediera la gracia de ser reintegrada a sus padres.

Era la primera vez en su vida que veía al general Villa. Le había conocido en un retrato, en el mismo que había pedido a su hermano Alejandro que quitara de la pared, cuando éste, orgulloso, lo colocó en la sala de la casa de la familia Rentería.

"BETITA, BETITA..."

Veía ante ella a un hombre que no dejaba de sonreírle y dispuesto a no dar un paso atrás en el deseo que le había despertado la proximidad de una chiquilla alta, delgada, de grandes y rasgados ojos negros y que, temblorosa, pedía volver al lado de sus padres.

Estando de rodillas, Austreberta sintió por vez primera las manos de Villa, quien, tomándola cariñosamente, la hizo ponerse de pie, para luego pedirle que se sentara en una silla.

Enseguida, el general se dirigió a Uribe, ordenándole que saliera de la habitación. Trató Villa de consolar a la joven; le pidió que le diera su nombre, y acariciando mentalmente el nombre de su futura esposa, repitió una y varias veces:

-Betita, Betita, Betita...

Pancho pidió entonces a Betita que lo amase, asegurándole que le gustaba mucho, que por vez primera sabía lo que era querer; que él no sería malo para ella; que le daría todo lo que pidiera. Pero a todas las promesas de Pancho, la señorita Rentería contestaba pidiendo que se le enviara al lado de sus padres.

-Eso sí no, Betita; con tus padres no podrás ir por ahora –le contestó el general Villa.

EL FINAL DE LA ESCENA

Austreberta seguía llorando y Villa, solícito, trataba de consolarla, pareciendo enternecerse por momentos y redoblando entonces sus juramentos de amor. Quiso entonces acariciarla, pero la joven lo rechazó energicamente. El hombre no desistía de sus propósitos; lo que no soportaba del enemigo en los campos de combate, lo aceptaba ahora, cada vez más insinuante y cariñoso, de la muchacha.

Las horas corrían, Villa había tenido varios accesos pasionales; pero parecía estar dispuesto a esperar hasta rendir pacíficamente la fortaleza, hasta que al fin, convencido de que Austreberta no accedería a sus deseos por el amor que él creía capaz de inspirar en unos cuantos minutos, la hizo suya por la fuerza.

La escena final de aquella violencia fue terrible. Ya no solamente Austreberta lloraba su desgracia, sino que el general, sentado al borde de la cama, también lloraba.

—*Me casaré contigo* —decía balbuceante el general Villa—; *tú no eres como otras mujeres...*

Después de aquella noche trágica, el general, personalmente, condujo a Austreberta a la casa de una familia de Jiménez, dando órdenes para que no solamente se prohibiera a la joven cualquier comunicación con sus familiares, sino también para que se mantuviera en absoluto secreto el paradero de la muchacha, para evitar así que alguien pudiera rescatarla.

—*Me casaré contigo, Betita* —le prometió nuevamente Pancho al despedirse de ella, ofreciéndole que muy pronto estaría de regreso, renovándole sus juramentos de amor.

DE NUEVO AL COMBATE

Villa abandonó la ciudad de Jiménez, para continuar sus campañas al sur. Había derrotado una y varias veces a los carrancistas; prácticamente había vuelto a ser el dueño del estado de Chihuahua y veía abiertas las puertas del de Coahuila. Pero a nadie había comunicado hasta el momento de su marcha, cuál era su próximo objetivo.

En los últimos días de diciembre, Villa había penetrado a Coahuila y, concentrando rápidamente a todos sus contingentes, se lanzó con violencia sobre

El convencionismo

Torreón, plaza que tomó después de haber puesto en fuga a los carrancistas que estaban al mando del general Talamantes.

Dos días permaneció en la Perla de la Laguna y tras de haberse hecho de un precioso botín, regresó a Jiménez.

—*Ya regresó el general* —advirtieron a Austreberta los dueños de la casa en donde la joven se encontraba secuestrada.

Y en efecto, los silbatos de las locomotoras hicieron comprender a Austreberta que el aviso era exacto; que dentro de poco tiempo estaría de nuevo frente a Pancho, y recordando su tragedia, lloró amargamente.

INFRICTUOSA BÚSQUEDA

Mientras había durado la ausencia de Villa, los padres de la joven la habían buscado por todo Jiménez. Habían llamado también a la puerta de la casa en donde estaba prisionera, pero en ninguna parte habían encontrado la menor huella de su hija.

Alejandro, el hermano adorado de Betita, al comprender que ésta había sido deshonrada por el general Villa, había enfermado gravemente y así, enfermo, había ayudado a sus padres en la infructuosa búsqueda de la joven.

Betita continuaba llorando su infortunio, cuando el general Villa entró a la casa en donde estaba secuestrada. La sorpresa de Pancho al ver que Austreberta no se conformaba con su situación fue enorme. ¿Ni todas las riquezas, ni todos los triunfos militares, ni todo el poder, ni todos los juramentos de amor que había puesto a sus plantas, eran suficientes para que consintiera en ser más adelante la esposa de Francisco Villa?

No; para Villa, que todo lo había conquistado, no era de creerse que una joven lo siguiera rechazando, y menos que siguiera insistiendo en retornar al lado de sus padres.

—*Déjeme usted aquí, general* —imploró Betita, cuando Pancho le preguntó si estaba lista para acompañarle.

Villa se deshizo entonces, haciéndole caricias e insistiéndole en que era la única mujer que le había llenado el corazón, y ofreciéndole que pronto la llevaría ante el altar.

EN PARRAL

Al siguiente día, Austreberta era alojada en la casa de una familia de Parral. Y esta familia recibía imperiosas órdenes de Villa. La joven no podría comunicarse con el exterior, y bajo de pena de muerte para todos los habitantes de la casa, el lugar donde estaba oculta Betita no debería ser divulgado.

Pancho, después de haber permanecido en Parral varios días, durante los cuales repartió entre la gente pobre parte del cuantioso botín que había logrado en Torreón, se ausentó de nuevo. Iba a continuar la campaña contra los carrancistas.

Antes de partir, hizo a Austreberta un juramento solemne: el de amarla toda la vida. Y lo habría de cumplir...

Varias semanas duró la ausencia de Villa. Durante ese tiempo, los carrancistas volvieron a posesionarse de Parral. Su triunfo llegó a oídos de la joven prisionera. Creyó que el poder del general Villa se había derrumbado para siempre y que aquellas gentes que la tendrían secuestrada le dejarían salir en libertad. Pero el general seguía pendiente de la existencia de su amada. Varias veces llegaron a la casa enviados de Pancho que lograban burlar la vigilancia de la guarnición carrancista, para tan sólo preguntar por Austreberta.

Villa operaba en las cercanías de Parral, logrando, al fin, atraer a los carrancistas hacia un sitio donde les causó una tremenda derrota y las puertas de la ciudad que guardaba a la joven le fueron abiertas nuevamente de par en par.

Sin embargo, las necesidades de la campaña le obligaron a evacuar la plaza por enésima vez. En esta ocasión no quiso abandonar la población sin llevarse a Betita; Betita tenía que acompañarlo a la guerra. No podía vivir sin ella, según se lo decía constantemente.

—*Eres la única mujer a la que he querido* —le repetía Villa al oído, tratando loca y desesperadamente de ser correspondido en sus caricias y en su amor.

GRACIA CONCEDIDA

Poco tiempo fue, sin embargo, el que Austreberta anduvo al lado del general Villa. Tres meses habían pasado desde que Uribe la había obsequiado a Pancho, cuando éste, una noche, le dijo visiblemente satisfecho y conmovido:

El convencionismo

—*Betita, como eres tan buena y parece que ya me empiezas a querer; los santos te han concedido una gracia: que te lleve con tus papacitos.*

La joven tembló de gusto. ¡Al fin estaría de nuevo al lado de sus padres! Y dando las gracias a Pancho, le pidió un favor más: que la llegada a Jiménez fuese de noche. No le explicó la causa de su extraña petición, pero Austreberta, desde que había sido raptada, se hizo la promesa de no volver a pisar su pueblo natal durante el día, tal era la vergüenza que le causaba tropezar con gente conocida y que había sabido de su desgracia. Y aquella promesa no solamente quería cumplirla el día que llegara del brazo de Villa, sino que sería para siempre, para todos los días de su vida.

A fin de no dar una fuerte sorpresa a los padres de su amada, Pancho envió a uno de sus ayudantes a fin de que anunciara la visita. Los esposos Rentería apenas querían creer que volverían a ver a su hija, por la que tanto habían llorado.

DE NUEVO EN CASA

Cuando Austreberta llegó a la casa de sus padres, no solamente fue para recibir las caricias de su padre y de su madre, sino también para recibir una triste noticia: su hermano estaba a las puertas de la muerte. Había enfermado gravemente desde el día que su hermana había desaparecido; desde hacía varias semanas deliraba, deliraba siempre, entablando largos diálogos con la Betita que tanto quería.

Pancho Villa, enternecido por la felicidad que había dado a los esposos Rentería al devolverles a Betita, al saber la tragedia de Alejandro, quiso visitar al enfermo; tenía la seguridad de que su presencia y la promesa de que Austreberta sería su esposa salvaría a Alejandro de la muerte. Alejandro, al ver a su hermana y al general pareció animarse un instante.

—*Voy a morir por el daño que usted me causó, llevándose a mi hermana* —dijo el enfermo al general Villa.

El general Villa bajó la cabeza, una gruesa lágrima corrió por sus mejillas, y acercando una silla al lecho del enfermo y tomando después la cabeza de éste entre sus manos, hasta apoyarla sobre sus piernas, le prometió:

—*Quiero mucho a Betita y me casaré con ella.*

Alejandro sonrió amargamente y haciendo un esfuerzo agregó:

—General, cuando un jefe militar entra victorioso a una plaza, se le piden tres gracias...

—Pídelas —contestó Villa.

—La primera es que deje usted a Betita en esta casa... —pidió Alejandro.

—Concedido... —respondió rápido el general.

—La segunda... —continuó el enfermo— La segunda... —repitió visiblemente fatigado.

El joven abrió los ojos y buscó la mirada de su hermana primero, luego la del general. Quiso seguir hablando, pero una fuerte convulsión sacudió su cuerpo.

Villa, desesperado, le acariciaba nerviosamente la cabeza, diciéndole:

—Habla, habla...

Pero Alejandro no volvería a hablar, había muerto; seguramente perdonando al hombre que había causado su desgracia y que tanto había admirado en su vida.

La familia Rentería había caído de rodillas alrededor del lecho, llorando y quejándose de su pena, mientras que el general, después de acomodar el cadáver de Alejandro, se retiró a un rincón de la habitación para llorar también.

Después de aquella escena patética, el general Villa tomó entre sus brazos a Austreberta y, llevándola a otra habitación, le hizo saber que conforme se lo había ofrecido a Alejandro, ella se quedaría al lado de sus padres, pero bajo la promesa de que al primer llamado que le hiciera se iría a unir con él a fin de contraer matrimonio.

Ni un minuto más podía permanecer Villa en Jiménez; sus lugartenientes le acababan de comunicar que las fuerzas carrancistas se aproximaban sobre la plaza.

—Júrame que me quieres, Betita —pidió Villa a Austreberta, llenándola de besos y de caricias.

Pero Betita ya no escuchaba nada; la muerte de su hermano le había arrancado todas las fuerzas en aquellos terribles momentos.

Pancho tuvo que partir y en aquel instante que Austreberta se quedaba sola, la mujer sintió por vez primera que empezaba a amar a Villa; pero amor y desesperación se unían para sólo sentir el asalto de un temor: el de no volver a ver más a aquel hombre.

El convencionismo

DE CASA EN CASA

La estancia de Austreberta en el seno del lugar amado no pudo prolongarse más que por unas horas. Los carrancistas estaban a las puertas de Jiménez y era de esperarse que ejercieran represalias sobre la familia Rentería, por lo cual el jefe de la familia dispuso que su hija se ocultara en la casa de unos parientes cercanos.

Así pasaron varias semanas, hasta que la casa de la familia Rentería fue visitada por un emisario del general Villa, quien mandaba un recado a Austreberta, indicándole que se alistara para marchar a su lado, ya que creía que de un momento a otro estaría en las cercanías de Jiménez.

Creyendo en una nueva separación de su hija, los esposos Rentería procedieron a tomar las medidas necesarias para evitar que la joven fuese nuevamente al lado del general. Dos o tres veces a la semana, Austreberta era cambiada de domicilio. La joven accedía a los deseos de sus padres, aunque interiormente sentía una atracción hacia Pancho.

Pero seguramente los pasos de Betita eran seguidos por los espías que continuamente tenía Villa en Jiménez, porque bien pronto la familia Rentería tenía conocimiento de que el general sabía el lugar en donde era ocultada su amada.

Para el general Villa, los movimientos de los Rentería carecían de importancia, ya que tenía la seguridad de encontrar a Betita aunque ésta fuese ocultada bajo tierra. Lo que para el general era de importancia era el poder acercarse a Jiménez y llevar a cabo una de sus audaces aventuras.

DE NUEVO CERCA

Aunque todas las cercanías de Jiménez estaban perfectamente vigiladas por las fuerzas carrancistas, una noche, el señor Rentería fue advertido por el propietario de un rancho cercano a la población de que un grupo de hombres, seguramente villistas, y entre los que con toda posibilidad se encontraba el propio Villa, había llegado a su rancho, montando magníficos caballos y quizás con la resolución de entrar a la plaza.

Ante la pena de perder nuevamente a su hija, el señor Rentería no se daba punto de reposo, buscando siempre nuevo sitio donde ocultar a Austreberta,

José C. Valadés

así es que al saber esa noche que los villistas se encontraban a las puertas de Jiménez, corrió a la casa de una familia amiga, buscando nuevo albergue para su hija, a donde ésta fue trasladada ya cerca de la medianoche, con todo sigilo.

La casa donde con seguridad el general Villa sabía que se encontraba su amada quedó abandonada y sus puertas abiertas, para demostrar así al audaz enamorado que los Rentería habían tenido noticia de sus movimientos y que en esa ocasión era burlado.

Villa, en efecto, había preparado un golpe notable, que más que una realidad parece producto de una cinta cinematográfica, como se verá en el siguiente capítulo.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 19 de mayo de 1935, año xxii, núm. 96, pp. 1-2.